

PEQUEÑO BOCETO DE LA NOVELA

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Decía hace poco —en palabras que tuvieron la suerte de un auditorio benévolo— que en la novela encontrábamos el único magisterio capacitado para trazarle rumbos a nuestra conducta humana. La novela supera cualquier otro instrumento de penetración literaria por el solo hecho de que en ella aprehendemos la existencia corriente alinderada por una visión totalizadora. En sus páginas la existencia deja de fluir como improvisación para condensarse como estrategia y como ritmo. Esto explica, en el ámbito de la novela burguesa, la maduración de unos cuantos caracteres. Todo suceso es previsto —no por el relatista como árbitro supremo del enredo sino por el íntimo genio de la propia narración— como integrante de un vasto, de un homogéneo organismo que, a su turno, es posible por el hervidero vivencial de muchas criaturas. La novela, por tanto, viene a ser (de allí su altísima enseñanza) como una cristalización —sin que en ella decrezcan ni el ímpetu ni el valor de la vida— de los múltiples, de los imprevistos aconteceres que tejen la trama de los días. La vida está allí codificada y, sin embargo, hirviente y plena. He allí su misterio, su desazón, su secreto. Leer una novela es una oportunidad de que nos sucedan cosas de las cuales participamos en forma ambivalente: como actores y como espectadores.

Pero, hasta hace poco, la novela se centró en el tipo, en el carácter. Fue una historia de la burguesía a través de individuos estereotipados. Casi, casi estamos tentados de sugerir que la novela, en esta forma, no pasaba de ser un muestrario de sicología maniqueísta. La novela contemporánea, en cambio, —y no nos interesa saber aquí de dónde parte ni hacia dónde enruta sus pasos— se ha situado en el puro centro nervioso del existir. Su objetivo es el hombre como complejidad, como irrealización y como desconocimiento. Es el hombre como misterio de sí mismo. De allí la alucinación y el desconcierto de los modernos instrumentos narratorios. La novela ha entrado a participar, como construcción verbal, de la palpitación y el azar de los organismos vivientes. Toda novela contemporánea está en trance de persistir o sucumbir en cada página, en cada capítulo, en el instante más inusitado. Está viva, viva y sufriendo, como un órgano dentro de un cuerpo viviente. Ya no es posible diferen-

ciar en ella el dibujo de los caracteres. En su órbita nos alimentamos de matices. De luces y sombras en fluctuante batalla. No sabemos dónde empiezan ni dónde terminan los contenidos de una conciencia o las posibilidades de un corazón. No sabemos del día o la noche subjetivos. Ni sabemos dónde termina un hombre y comienza un muro ni si aquel movimiento es fruto de un animal o de una hoja.

Porque hemos llegado a ese punto en que el relato, repetimos, es el acontecer en estado puro. En que penetrar a una novela es como penetrar a una visceración activa. Sentiremos la sangre, la cálida temperatura celular, el rechazo y la asimilación de determinadas substancias. El mundo pasa a ser un vasto y sorprendente motivo para que la imaginación se prodigue y expanda. Y para que, asimismo, se prodiguen y expandan el furor, el goce, la voluptuosidad, el terror y el poderío de nuestra conciencia. La novela, en esta forma, viene a convertirse en la máxima gimnasia del alma.

¿Cuál sería —a la hora de una investigación sobrecogedora— el tema e incluso la criatura central de toda gran novela? Lo sabemos íntimamente: es el mal. Sin él, sin su olor y sabor ubicuos, la novela estaría incapacitada para reclamar la libertad del lector. Son múltiples sus formas de evidencia. Es la necesidad de expiación en Dostoyewsky; es la gravedad inconmensurable de todo gesto en Tolstoy; es la enfermedad como vehículo de purificación creadora en Mann; es la furia, la impiedad, el acezante heroísmo de los personajes de Faulkner.

Esto nos lleva a la conclusión de que la tarea novelística, por sobre sus profundas exigencias de índole estética, es un acto de compasión en el sentido más puro y misericordioso del vocablo: compartir la pasión, estar al lado del hombre, de todo el hombre —escuchándolo, soportándolo y restañándolo— en unas cuantas criaturas. De allí que no sea ni el esplendor verbal ni la estrategia del estilo ni la astucia imaginativa para enlucir la acción lo que, a la postre, se imponga en una tarea de semejantes implicaciones. Es, por el contrario, una grave escogencia del ser, una conducta sacrificial que, a medida que progresa en sus fines, debe ser más rica en desinterés, más entrañable en su voluntad de indagación, más ávida de entendimiento y más dispuesta a emplear todos estos recursos, que son éticos más que estéticos, en la salvación del hombre.

Esto explica que, cada vez con más escalofriante eficacia, la novela se encuentre rastreando las huellas divinas, la concordancia con inaprensibles designios, que trascienden en el más simple ademán o en el diálogo más anodino. La novela es eso a fin de cuentas: un lúcido acecho del enigma terrestre. La novela, por último —y he aquí su propio y particular enigma como género— no es ficción. Es una réplica, repetimos, con leyes que la explican, al mismo tiempo que la hacen posible, al espectáculo amorfo, henchido de absurdo, sobrecargado de interrogantes, que es la vida de cualquier hombre.